

¡Rema mar adentro! Apártate de mí, que soy un pecador

5º Domingo del Tiempo Ordinario

Sucedió que estando Él junto al lago de Genesaret y reunida la muchedumbre a su alrededor para oír la palabra de Dios, vio dos barcas situadas a la orilla del lago. Los pescadores habían descendido de ellas y estaban lavando las redes. Subió entonces a una de las barcas, que era la de Simón, y le rogó que la apartase un poco de tierra. Sentado, enseñaba desde la barca a las muchedumbres. Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: "Guía mar adentro y echad vuestras redes para la pesca". Simón le respondió: "Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada, pero fiado de tu palabra, echaré las redes". Habiéndolo hecho, recogieron tan gran cantidad de peces que las redes se rompían. Hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que fueran a ayudarles. Acudieron y llenaron las dos barcas de modo que casi se hundían. Al verlo, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús diciendo: "¡Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador!". Pues tanto él como sus compañeros habían quedado llenos de estupor ante la pesca realizada. Lo mismo les sucedía a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús dijo entonces a Simón: "No temas, desde ahora serás pescador de hombres". Llevaron la barca a tierra y dejándolo todo, le siguieron.

Lc 5,1-11

Transcripción de audio

¡Qué bonita es esta escena, Jesús! Tú te acercas en el trabajo de cada uno, te acercas ahí y ves a tus discípulos, los pescadores, lavando las redes. ¡Cómo me emociona! Subes a una de las barcas, te metes en su trabajo, pero quieres la intimidad, quieres la soledad. "¡Rema mar adentro, Simón, y echa la red para pescar!". Y la reacción humana de Pedro: "Maestro, si estoy bregando toda la noche y no pesco nada... Pero bueno, echaré las redes por tu palabra". Y la respuesta: cogieron cantidad de peces... que tuvieron que llamar a las otras dos barcas porque casi se hundían. Y cómo me emociona, Jesús, la reacción de Pedro —yo me identifico mucho con Pedro—: "¡Apártate de mí, que soy un pobre pecador! ¡Apártate de mí, que soy un pobre pecador!".

Qué encuentro tan bonito, Jesús, ver cómo te metes en mi vida, ver cómo te metes en mi historia, cómo estás pendiente y presente a todo lo que hago, pero cómo me lanzas hacia el más, hacia lo mejor, hacia el otro sentido de la vida: "No te quedes ahí... ¡rema! Entra dentro, entra dentro de mí, de mi corazón, y ya verás... Y ponte a la faena, a la faena de darme a conocer, a la faena de que me quieran más, a la faena de dar testimonio".

“Maestro, si soy una pobre pecadora... pero si no consigo nada... Lucho y lucho y lucho y no consigo nada. Pero ayúdame a fiarme de ti y a volver a empezar. ¡Que sepa siempre volver a comenzar! Qué triste es cuando me desanime por completo y no quiera reemprender, reestrenar lo que Tú me dices. Cómo cuando siento tu presencia, siento que estás Tú dentro, siento que has participado de lo mío, que me das toda la serie de gracias, que me llenas de paz, de fuerza, de alegría, de ilusión... tengo que ser como Pedro: «Apártate de mí, que soy un pobre pecador». Esta expresión siempre me ha dicho mucho, pero en este encuentro mucho más. «Apártate de mí, Señor, que soy un pobre pecador». Jesús, ¡qué bueno eres!”.

“No temas —me dices—, tu vida conmigo, Yo en tu barca, tú trabajando, conseguirás... serás pescador de hombres”. Y cuando sienta esto seré como los discípulos. “Llevaron la barca a tierra y dejándolo todo te siguieron”. Jesús, se me agolpan todas las ideas en este encuentro... Siento tu llamada, siento tu voz: “¡Rema, rema! ¡No temas, no temas! ¡Echa la red sin miedo, sin nada!”.

Siento que me dices: “Déjame entrar en tu vida y deja tu casa, deja todo, porque Yo estoy en tu vida”. Pero muchas veces pienso: ¡cuántas llamadas, cuántas veces has entrado en mi barca y yo he estado dormida y no he tenido fruto y he perdido la alegría! Que aprenda a reconocerte, que aprenda a oír tu llamada: “Venga, ¡rema!”. Pero yo quiero decirte muchas veces: “Apártate de mí, que soy un pecador”. Y te diré: “Señor, ¿qué quieres que haga para cambiar? Señor, ¿qué quieres que haga para sentir tu voz, para sentirte a ti, para llenarme de ti, para hacerme testigo de tu vida? ¿Qué quieres que haga?”.

Me quedo contigo pensando y viendo cómo Tú entras tantas veces en mi barca y cómo remas conmigo, los dos, pero Tú delante de mí, y a mi lado. Este encuentro, Jesús, me lleva a dejarme... estar contigo... y sentir tu presencia. Pero me urge: “¡Rema!, ¡vetel!”. Y también a sentir mi pobreza, mis apatías, mis no-ganas de luchar, mis no-asombrarme de tu presencia. “Apártate de mí, que soy un pobre pecador”.

Se lo pido a tu Madre, que me lleve hacia ti, que me empuje, que purifique todo y que cambie mi vida para que sepa ser tu testigo y que sepa encontrarte en mi barca y que sepa remar, que no me quede parado, que no me quede atrás, que no me quede ahí, estancada en mí misma. Me quedo contigo, Señor... sin palabras...

**¡Rema mar adentro!
Apártate de mí que soy un pecador**

¡Que así sea!